

# Domingo XXX Tiempo Ordinario

## *“¡Maestro, que pueda ver!”*

25 Octubre 2009 P. Carlos Padilla Esteban

### *“¡El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres!”*

El otro día, después de la celebración de los cuarenta años del Santuario de Pozuelo, alguien comentaba que tenía *“resaca espiritual”*. Había sido tan grande lo vivido en la fiesta del día anterior, en nuestro Jubileo, que el corazón estaba lleno de Dios, casi se podía tocar el cielo, porque Dios estaba muy cerca. Yo creo que el otro día todos pudimos repetir con el corazón las palabras del salmo de hoy: *“El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres. Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar; La boca se nos llena de risa, la lengua de cantares. Hasta los gentiles decían: “El Señor ha estado grande con ellos.” El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres. Que el Señor cambie nuestra suerte, como los torrentes de Negueb. Los que sembraban con lágrimas, cosechan entre cantares. Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas”*. Sal 125, 1-2ab. 2cd-3. 4-5. 6. Es la alegría del corazón que se sabe tocado por Dios. El corazón agradecido que mira su historia, el camino recorrido y agradece. **Tener una mirada así, una mirada agradecida por la propia vida, es lo que todo el mundo desea.**

**Las palabras de Jeremías nos animan hoy a caminar y confiar. Son palabras llenas, igual que las del salmo, de una alegría cargada de vida:** *“Pues así dice el Señor: “Gritad de alegría por Jacob, y regocijaos por el mejor de los pueblos; Proclamad, alabad y decid: ¡Ha salvado el Señor a su pueblo, al Resto de Israel! Mirad que yo os traeré del país del norte, y os congregaré de los confines de la tierra. Entre ellos, hay ciegos y cojos, preñadas y paridas. Una gran multitud regresa. Se marcharon llorando, los guiaré entre consuelos; los llevaré a torrentes de agua, por un camino llano en que no tropezarán. Porque yo seré para Israel un padre, y Efraín será mi primogénito”*. Jeremías. 31, 7-9. Dios nos llama a todos a recuperar la alegría, a regresar del dolor y el abandono. Como ejemplo, el ciego Bartimeo, un despreciado al borde del camino que vuelve a la vida. Dios nos llama a la plenitud y a la esperanza, nos llama a regresar del dolor y la desesperanza y disfrutar y alegrarnos de los dones recibidos. **Nos llama, en definitiva, a cambiar nuestra mirada y a vivir una vida nueva.**

**Hoy muchos se sienten despreciados por Dios y no conocen la alegría de la llamada de Cristo. Bartimeo escuchó en el camino:** *“¡Animo, levántate! Te llama.”* Son las palabras que hacen que dé un salto y corra al encuentro de Cristo. Sin embargo, muchos creen hoy que la Iglesia y Dios los han condenado y han decidido que no merecen el amor de Dios. El problema es que nuestras sensaciones y sentimientos mandan mucho en nuestro corazón y nos quitan la paz. Por eso hay tanta amargura y tanta violencia en todas partes. El otro día una profesora me contaba cómo tuvo que interponerse entre dos alumnos que se iban a pegar por un motivo sin importancia. Me contaba con pena el dolor que le causaba ver tanta violencia en corazones tan jóvenes. Es una violencia contenida que busca caminos y salidas, para liberar el alma. Pero la violencia siempre engendra violencia y no trae la paz. **S. Juan de Capistrano decía respecto a la verdadera paz:** *“Donde no hay justicia, no puede florecer la paz. Donde hay paz, allí está Dios. Donde hay discordia, allí reina el demonio”*. Y añadía aquel que luchó toda su vida por la paz: *“Cristo predica la paz y bendice a los pacíficos, esto es, a los que aman la paz. Abraza la paz, reconquistala, consérvala. ¡No temas perder algo con ella! ¡Ella conquista*

*amigos, vence enemigos, dulcifica ira y despecho!*” Ésa es la paz que suplicamos en un mundo que no es capaz de repetir las palabras del salmo: “*El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres*”. Cuesta ver a Dios y alegrarse por todo lo recibido. Porque el corazón no quiere agradecer por una historia personal en la que hay dolor y heridas, pérdidas y fracasos. **Cuesta querer a un Dios que permite el mal y la desgracias y no es fácil dar las gracias por una historia de vida jalonada por caídas.**

**El otro día participé en la misa de Gloria por un niño de cinco años, Carlitos, que había partido al encuentro con su Padre Dios.** Fue una misa de agradecimiento por la vida de un niño que había dado tanta alegría en tan pocos años. Es cierto que no deja de doler el alma al no saber por qué Dios lo permite. La llegada de un niño al cielo sorprende a los que nos quedamos mirando el cielo. Observamos la realidad con una mirada muy humana, con una mirada de hombre, y pensamos que este niño tenía mucho que vivir, que cinco años son pocos, que hubiera podido dar mucho amor, alegría y con su vida hubiera contribuido a cambiar este mundo. El corazón se rebela porque quiere entender más. Por eso las palabras de **S. Agustín, que ese día se entregaron**, nos ayudan a confiar: “*Sigue riendo de lo que nos hacía reír juntos, reza, sonríe, piensa en mí, reza conmigo. (...) La vida es lo que siempre fue, el hilo no se ha cortado. (...) No estoy lejos, tan sólo a la vuelta del camino*”. Estas palabras no quitan la pena, aunque traen algo de consuelo y esperanza, porque muestran la cercanía del Más Allá. Porque nos cuesta mucho confiar en Dios, tenerle en nuestro corazón constantemente, y nos quedamos mirando el suelo sin esperar. **Sin embargo, sabemos que la muerte es el paso a la vida y que la vida verdadera, la vida que nos hará plenos, es la vida en Cristo para siempre. Las palabras de S. Ignacio de Antioquía nos motivan, porque reflejan una forma de vivir anclados en el cielo.** Su anhelo por entregar la vida, por ser mártir, muestran su desapego del mundo: “*Dejadme ser parte de la fieras por medio de la cuales podré alcanzar a Dios. Soy trigo de Dios y soy molido por los dientes de las fieras para mostrarme como pan puro de Cristo. (...) Cuando el mundo no vea mi cuerpo, entonces seré de verdad discípulo*”. **Hoy rezo por la familia de Carlitos**, para que confíen y para que siempre las palabras de S. Agustín estén vivas en sus corazones.

**El Evangelio de hoy comienza en el camino y nos muestra la conversión de un ciego:** “*En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y una muchedumbre, el ciego Bartimeo, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino, pidiendo limosna*”. Mateo, en su Evangelio, habla de dos ciegos: “*Dos ciegos que estaban sentados junto al camino, al oír que pasaba Jesús, se pusieron a gritar*” Mt 20,29. La ciudad, Jericó, tiene un significado propio como explica **S. Jerónimo**: “*El nombre de la ciudad corresponde a la ya próxima pasión del Señor. (...) Porque cuando se acerca el abatimiento de la carne de Cristo se prepara la Jerusalén celestial*”. Lo cierto es que todo comienza con un ciego abandonado y rechazado al borde del camino. Bartimeo está marginado, no camina y ya no busca. En él podemos ver hoy a tantos ciegos, a tantos abandonados y rechazados por el mundo. En Bartimeo estamos recogidos todos los que en ocasiones podemos experimentar la ceguera, la falta de fe, la desconfianza y la soledad. En él estamos todos cuando no queremos avanzar, cuando detenemos los pasos y dudamos de Cristo. **En Bartimeo estamos todos los que llevamos en el alma, como una herida, esa ceguera que no nos deja ver.**

**Dos vagabundos, llamados Vladimir y Estragón, en la obra “Esperando a Godot” de Samuel Becket, aparecen esperando en vano junto a un camino a un tal Godot.** Son también dos ciegos que no ven sentido a la vida. Muchas veces preferimos quedarnos al borde del camino esperando o, mejor, desesperando. En medio de la espera de estos dos hombres les llega el mensaje: “*El señor Godot me ha dicho que les diga que no vendrá esta noche, sino que seguramente mañana*”. Y ellos siguen esperando y llegan a la desesperación: “*Estragón: -Estoy cansado. Vámonos. Vladimiro: No podemos. Estragón: ¿Por qué? Vladimiro:*

*Esperamos a Godot. Estragón: Es verdad. Entonces, ¿qué hacemos? Vladimiro: No hay nada que hacer". En la obra no se llega a saber nunca quién es Godot y lo que tenían que hablar con él. Godot no llega. Se expresa el tedio de la vida, el aburrimiento y la desesperación. Lo que se espera que llegue, nunca llega. Bartimeo podía haber pasado la vida esperando algo o a alguien. Podía haberse quedado esperando en el suelo, sumido en su ceguera, sin preguntas ni respuestas. Podía haber perdido la vida sin ser capaz de entregarla por nada ni por nadie. Podría haberse desesperado. Sin embargo, fue capaz de gritar y cuando lo escucharon, ciego, dio un salto y fue al encuentro de aquel a quien en el fondo de su corazón esperaba. Sin ver fue capaz de ver a Cristo pasar ante sus ojos ciegos. Y es que en nuestra vida sí que llega Godot. Sí que llega aquel que nos da respuestas y sentido a lo que vivimos. No queremos quedarnos quietos ni mudos, esperando. Queremos gritar y saltar, queremos permanecer en tensión esperando a que Jesús vuelva a pasar una y otra vez, siempre, por nuestras vidas.*

**El grito es la respuesta del hombre ante su propia impotencia:** *"Al enterarse de que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar: "¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!" Muchos le increpaban para que se callara. Pero él gritaba mucho más: "¡Hijo de David, ten compasión de mí!". Es la expresión más auténtica de un alma que busca y desea una plenitud que no vive. Este grito de Bartimeo recuerda el deseo del "Peregrino ruso", que comienza su camino porque quiere encontrar respuestas a preguntas del alma: "Por eso os pido en nombre de Dios que me expliquéis qué quiere decir esta frase del Apóstol: "Orad sin cesar", y cómo es posible orar de esta manera". La respuesta parece sencilla: "Ora más y con más celo y fervor, y la oración te hará comprender por sí misma cómo puede llegar a ser continua; pero para esto hace falta mucho tiempo". Sin embargo, el peregrino sigue buscando, porque todavía no sabe cómo llegar a ese encuentro con Dios. Es por eso que sigue el camino hasta que escucha el secreto de la oración del corazón: "La oración de Jesús interior y constante es la invocación continua e ininterrumpida del nombre de Jesús con los labios, el corazón y la inteligencia, en el sentimiento de su presencia, en todo lugar y en todo tiempo, aun durante el sueño. Esa oración se expresa por estas palabras: ¡Señor Jesucristo, ten piedad de mí!". Es el mismo grito del ciego del camino: "¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!". El ciego pide misericordia, piedad y compasión. Son tres palabras que expresan un mismo deseo, el deseo de un amor incondicional y absoluto. El ciego al borde del camino quiere misericordia, que se detengan ante él, que se fijen en él, que lo amen y lo llamen.*

**Y así ocurrió, Jesús se detiene:** *"Jesús se detuvo y dijo: "Llamadlo." Llamaron al ciego, diciéndole: "¡Animo, levántate! Te llama." Y él, arrojando su manto, dio un salto y se acercó a Jesús". Cristo llama, se detiene en el camino y nos llama. Hoy la segunda lectura nos habla de la elección de Dios: "Hermanos: Todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados; él puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en debilidades. Y a causa de esa misma flaqueza debe ofrecer por sus propios pecados igual que por los del pueblo. Y nadie se arroga tal honor: Dios es quien llama, como en el caso de Aarón. De igual modo, tampoco Cristo se confirió a sí mismo la gloria del Sumo Sacerdote, sino que la tuvo de quien le dijo: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy". Como también dice en otro lugar: "Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec"". Hebreos. 5, 1-6. Cristo intercede y nos llama. Cristo necesita hombres que intercedan por otros, que sanen a otros. Por eso nos llama. Llama a sanar y a liberar. Saca al hombre del camino y lo llama a vivir con Él y en Él. Así lo hace con Bartimeo que se va a convertir en seguidor, en fiel suyo. Bartimeo es un "despreciado" y por la llamada de Cristo pasa a ser un "elegido". El hombre herido y ciego se convierte en sanador herido pero vidente.*

**Jesús dirigiéndose a él, le dijo:** *"¿Qué quieres que haga por ti?" Jesús siempre pregunta antes de actuar. Las evidencias no cuentan. Quiere que nosotros digamos lo que nos*

ocurre, lo que necesita nuestra alma. Dice **S. Beda**: “Lo interroga para que pida, para que se entregue de corazón a la oración”. Y entonces, Bartimeo, abre el corazón y confiesa: “¡Maestro, que pueda ver!” No es fácil abrir el corazón ante Dios. Tal vez tememos que descubra algo que a nosotros mismos nos produce rechazo. Por eso es tan importante la pregunta de Jesús y la respuesta de Bartimeo. En ocasiones pensamos que Jesús no nos habla, no nos pregunta y no le interesa saber qué está vivo en nuestro corazón. **Pero aunque creamos que no habla, lo que ocurre es que no oímos su voz.**

**Y, por otro lado, no sabemos pedir lo que nos conviene. Por eso siempre de nuevo Jesús nos pregunta sobre nuestra intención.** No sabemos pedir y muchas veces deseamos lo que no va a hacernos felices. Sólo el paso del tiempo nos hace comprender la conducción de Dios. El Espíritu Santo es el que nos revela lo que debemos pedir. **La respuesta del ciego nos recuerda la actitud de Sta. Teresa de Jesús** expresada en su oración: “*Veis aquí mi corazón, yo lo pongo en vuestra palma, mi cuerpo, mi vida, mi alma, mis entrañas y aflicción. Dulce Esposo y Redención, pues por vuestra me ofrecí, ¿Qué mandáis hacer de mí?*” Las palabras del ciego son sencillas y evidentes: “¡Maestro, que pueda ver!” Pero expresan mucho más. Detrás de un deseo evidente se esconde el deseo más profundo del alma. Ver significa mirar más allá, descubrir la verdad y la belleza de nuestra vida y estar dispuestos a cambiar de vida. Santa Teresa lo expresa claramente, quiere darle todo a Cristo para que Cristo haga con ella lo que Él desee. **S. Beda nos dice cuál ha de ser nuestra verdadera petición:** “*Imitémoslo pidiendo al Señor no las riquezas, no los bienes terrenos, no los honores, sino la luz que nos hace ver como sólo los ángeles ven. El camino para ello es la fe.*”. **La fe es la que nos permite ver a Dios detrás de todo aquello que no hemos deseado ni pedido.** Nos dice **S. Agustín**: “*Si algo acontece en contra de lo que hemos pedido, tolerémoslo con paciencia y demos gracias a Dios por todo, sin duda de que lo más conveniente para nosotros es lo que acaece según la voluntad de Dios y no según la nuestra.*”.

**Y es la fe de Bartimeo la que produce su conversión. Jesús devuelve la vista al ciego y él comienza un nuevo camino.** El ciego empieza a ver de verdad: *Jesús le dijo: “Vete, tu fe te ha curado.” Y al instante, recobró la vista y le seguía por el camino.* Marcos. 10, 46-52. **S. Teofilacto** dice: “*Y el ciego manifestó su gratitud a Jesús siguiéndolo en vez de dejarlo.*” Todos queremos ver y recobrar la vista de Dios. Eso es lo que el corazón nos grita. Pero muchas veces no soñamos con esa mirada que nos complica la vida y nos hace caminar de forma diferente. Preferimos quedarnos al borde de la vida, sin ver. Porque hay distintas formas de ver y distintas miradas. Decía el **P. Kentenich** que hay distintos ojos y no todos permiten ver lo esencial de la vida. En el fondo del corazón el ciego quería la mirada de Dios. El Padre decía: “*Las moscas tienen unos ojos relativamente grandes, pero sólo ven lo que pueden palpar en su cercanía inmediata. (...) Los ojos de ángel, son del entendimiento. Podemos ver a través de las cosas y captar la esencia. (...) Los ojos de la fe o de Dios. Mediante la fe adoptamos la manera de pensar de Dios*”<sup>1</sup>. **Bartimeo recibe entonces los ojos de la fe.**

**El ciego, cuando recupera la vista, se convierte y comienza un nuevo camino.** Entiende que su vida empieza en ese momento. **Yelena Isinbayeva, pertiguista rusa**, al ser preguntada por su límite en sus saltos, dijo: “*El cielo es mi límite. No quiero ponerme ningún límite porque tampoco sé dónde está.*” Con la conversión, Bartimeo inicia un nuevo camino y deja de mirar hacia atrás, ya no se pone límites. Su único límite es el cielo. Es lo que le pasó a **Mario St. Francis, conocido como el tecno-misionero, que va siempre con un equipo de grabación y un portátil y una cruz colgada del cuello.** Confiesa cómo fue su conversión: “*Sabía que eso era la verdad y yo había estado cerrando los ojos a Dios durante 10 años, tapándome los oídos: «No me hables, no quiero saber nada de ti».* Y he perdido 10 años de mi vida. Y había tenido varias llamadas”. Muchas veces no queremos ver, preferimos la

---

<sup>1</sup> J. KENTENICH, *Lunes por la tarde*, 21, pg 23

ceguera. **Preferimos esperar sin esperanza al borde del camino.**

**Es verdad, elegimos con frecuencia no ver, no mirar más allá de nuestros miedos y preocupaciones más cercanas.** El sicólogo Álex Rovira dice: *“Por muy pequeña que sea tu ventana, el cielo sigue siendo igual de grande”*<sup>2</sup>. Nuestra mirada de mosca o de ángel se queda en las cosas del mundo y no mira hacia el cielo, no es capaz de ver el todo. Nuestra mirada no tiene perspectiva. Cuando subimos una montaña sólo vemos la roca que tenemos frente a nosotros y que es necesario escalar. Si nos quedamos en la roca podemos desesperarnos y dejar de luchar. Cuando la superamos, cuando llegamos a la cima, se abren los ojos y la dimensión de lo que vemos nos asusta. **Dejamos nuestro pequeño mundo y pasamos a vivir de una forma diferente. Bartimeo tenía un mundo muy pequeño, su ceguera no le permitía ver más, cuando recobra la vista, puede soñar.**

**Justo el otro día vi un cartel que anunciaba una nueva película de la serie de novelas “Millennium”.** El título era: *“La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina”*. Al leerlo me quedé pensando. La verdad, no me gustaría soñar algo así. No he leído el libro y tampoco sé lo que quería quemar en su sueño. En realidad, no me interesa. Me consta que en el mundo, en nuestra sociedad, hay personas que sueñan cosas así. A lo mejor son sueños más comunes de lo que creemos. No obstante, yo quiero soñar otros sueños. Prefiero los sueños de Dios. Prefiero a Bartimeo que soñaba con ver. Yo sueño con que Cristo me cambie la mirada definitivamente. Él quería ver el mundo ardiendo: *“He venido a prender fuego al mundo y ¡Ojalá estuviera ya ardiendo!”*. Es un fuego distinto al de la chica del sueño. Cristo quiere que nuestras vidas ardan en el amor de Dios. Es un amor que vence la espera y la muerte. Un amor que arrasa los corazones y los transforma. Yo no sueño con una cerilla y un bidón de gasolina. Sueño con un mundo diferente y, antes de nada, sueño con tener un corazón diferente, capaz de arder y encender muchos corazones. **Sueño con un fuego que transforme un mundo frío y alejado de Dios que no se deja tocar por nada, esperando una plenitud que nunca llega.**

**Y es que la actitud ante la vida tendría que ser la que describe Sta. Margarita María de Alacoque a quien recordamos la semana pasada:** *“Por encima de todo, conservad la paz del corazón, que es el mayor tesoro. Para conservarla, nada ayuda tanto como el renunciar a la propia voluntad y poner la voluntad del corazón divino en lugar de la nuestra, de manera que sea ella la que haga en lugar nuestro todo lo que contribuye a su gloria y nosotros, llenos de gozo, nos sometamos en él y confiemos en él totalmente”*. Es lo que hizo Bartimeo, puso su voluntad en la de Cristo y lo siguió. Ya veía, ya no era un marginado, había sido elegido y no se negó a aceptar la llamada. Hoy miramos a María para suplicar unos ojos nuevos que nos permitan ver de verdad. Si se nos conceden, podremos mirar la vida con nuevos ojos, como nos lo aconseja **S. Pablo de la Cruz, a quien hemos celebrado esta semana:** *“El que está internamente unido al Hijo de Dios vivo exhibe, también externamente la imagen del mismo, por la práctica de una virtud heroica, principalmente de una paciencia llamada fortaleza, que nunca se queja, ni en lo oculto, ni en público. Escondeos, pues, en Cristo crucificado”*

**Bartimeo dejó el borde del camino y comenzó a andar.** Se escondió en Cristo crucificado. Hace falta valor para gritar estando al borde del camino. Más valor para acercarse a aquel que lo puede todo, pero a quien muchos dejan pasar de largo. Hace falta audacia para decir el nombre de nuestra ceguera y el deseo del corazón. Hace falta fuerza para seguir los pasos de aquel que colma nuestra vida. De la mano de Bartimeo hemos recorrido su camino de conversión y no queremos quedarnos nosotros esperando sin esperanza al borde del camino. **Queremos gritar a Cristo que pasa, queremos seguirle dando un salto y queremos quedarnos con Él para poder ver.**

---

<sup>2</sup> ALEX ROVIRA, *El laberinto de la Felicidad*